

INVENTAR CAMINOS
apuntes para una reflexión
acerca de la relación entre educación y cultura

“... El silencio cae, por fin, sobre la selva doblada bajo el peso de la tormenta. Las luces que caen del cielo ya se han apagado y el estruendo de su impacto ya no resuena, prisionero entre las altas cumbres. En su lugar, la quietud y el suave escurrir de las aguas.

Las nubes se alejan rápidas, llevadas por el viento del sur.

La criatura sale de su improvisado cobijo y se aventura temblorosa por el llano. Sus extremidades se arrastran en los charcos tanteando el camino en la oscuridad.

De pronto, a lo lejos, un resplandor imprevisto. Asombrada, se detiene y husmea el aire, inquieta. Sus pupilas buscan inútilmente horadar la negra pared que la envuelve.

Un tiempo largo. Después, temblando, retoma su andar hacia el nuevo misterio...

Y entonces esos ojos contemplan por vez primera esa nueva materia, viva, brillante, movediza. Hipnotizado, el hombre sigue el movimiento de sus formas cambiantes y hermosas, sus extraños colores, su repentino subir y bajar por el aire desde el suelo.

Un miedo desconocido se adueña de su cuerpo y su mano empuña con fuerza la piedra afilada. Un vapor espeso y caliente envuelve el claro de la selva.

El hombre se acerca más. Su mano deja caer la piedra; lentamente su brazo se extiende hacia los leños caídos que arden crepitando. Salta hacia atrás gritando de dolor. Observa con extrañeza su mano quemada, la huele y la lame en silencio.

Sigue mirando fijamente las ramas que se consumen, las chispas que vuelan por el aire encendiendo pequeñas hogueras alrededor del claro.

A corta distancia del fuego, el hombre, acucillado, espera una eternidad... mira, huele, escucha...De pronto se yergue, toma una rama y la acerca a las llamas. En su extremidad se enciende una nueva luz.

Los ojos del hombre se encienden con ella e iluminan la oscuridad.....

....El niño mira el fuego, en silencio, su calor y las palabras del hombre lo envuelven. Escucha muy atento, una y otra vez, la historia de la luz caída del cielo, que el hombre ha recogido muy lejos, para traérsela a él, su hijo....”

.....

EDUCAR Y ENSEÑAR.

Desde el momento en que el ser humano se constituyó en comunidades, la necesidad de la transmisión organizada del conocimiento se hizo presente de inmediato como un eje de acción que está íntimamente ligado con la permanencia en el tiempo de cualquier tipo de sociedad.

El dominio sobre el fuego, la iniciación de los niños y adolescentes en la caza y en la pesca, en el conocimiento de la flora y de la fauna, el desarrollo de las habilidades manuales para construir cobijos, son hitos fundamentales del ascenso de la raza humana.

En todos ellos emerge, de una manera muy potente y emblemática, la figura del “dador o transmisor de conocimientos”. De aquel individuo que siente el llamado de entregar a los otros el bagaje de sus propios hallazgos, adquiridos a través de múltiples experiencias de vida. Que, además, es reconocido capaz para transmitirlos por parte de la comunidad.

Capacidad de transmitir conocimientos y el aval de la sociedad que la reconoce, son las dos características esenciales para que el “maestro” legitime su autoridad frente a sus discípulos.

La relación que se establece en este proceso de interacción entre los individuos de una sociedad es la que teje las necesarias rutas por las cuales transcurre su propio desarrollo cultural.

Es por ello que podemos aseverar que hoy es unánimemente aceptado el concepto de que, para cualquier sociedad, su sistema educativo es parte esencial del **proceso** de construcción de su propia cultura.

En efecto, los sistemas sociales actuales, cualquiera que sea su proyecto histórico y su realidad, a través de consecutivas y organizadas etapas del **aprendizaje organizado**, convierten a los individuos que los integran en **sujetos** sociales y culturales.

Los vuelven sujetos capaces de hacer su propio aporte para la construcción constante del tejido de las relaciones entre los hombres y de estos con la naturaleza. En todo individuo, este aprendizaje se transforma siempre en un **proceso de descubrimiento y acumulación de experiencias**, y se personaliza al pasar por su propia percepción del mundo y de su relación con él.

En la organización social, ese proceso suele ser motivado e impulsado por maestros o profesores, sujetos capaces de **educar** (del latín **ex-ducere**), es decir, guiar, conducir, **sacando de un lugar para pasar a otro**.

Pero, la tarea del **educador** es también la de **enseñar**, es decir mostrar, reconocer y elaborar signos y señales que, al ser interrelacionadas, puedan servir de guía para construir imaginarios y puntos de vista personales acerca del mundo.

De allí que la tarea de educar es en extremo compleja y riesgosa, ya que se realiza con sujetos que están en una situación de dependencia directa respecto al educador y que son altamente sensibles y permeables a las formas y los métodos que se emplearán en su proceso de aprendizaje.

Es a través de esta cadena de causa y efecto que se han estructurado, a lo largo del tiempo, todas las “culturas” de

aquellos pueblos que nos precedieron desde la épocas más remotas.

FORMULANDO PREGUNTAS.

Al abordar este tema, sin embargo, hay que reconocer que hoy, como están las cosas, educación y cultura se han vuelto, muy a menudo, vecinos de difícil convivencia.

No es que existan relaciones especialmente conflictivas entre los actores que, de manera específica, se declaran pertenecientes a uno u otro ámbito de acción, sino que todos ellos se mueven en un escenario especialmente ambiguo, en el que los dos conceptos aún no logran acceder a una definición clara, que ponga de manifiesto sus estrechas relaciones de interdependencia.

Por un lado, la educación demasiadas veces, en su formulación y en su práctica, agota su sentido en el concepto primario y restringido de entregar información.

Por el otro, existe una confusión generalizada instalada en la sociedad, que homologa el concepto de cultura con el de arte, restándole la mayor parte de su significación de primer y más importante término de referencia del desarrollo humano.

Surgen aquí entonces de inmediato algunas preguntas:

¿ para qué se educa?

¿qué es lo que se debe enseñar?

¿cuál es la relación que el maestro debería tener con su discípulo?

Los conocimientos que el maestro posee, los ha obtenido durante su propia experiencia de vida y por eso mismo están teñidos por una dosis muy grande de subjetividad que es imposible ignorar y menos eliminar a la hora de traspasarlos al discípulo.

Al mismo tiempo, el sistema educativo elabora programas de enseñanza que se estructuran partiendo de una “**objetividad**” que, en el mejor de los casos, es **la máxima posible** y que son funcionales a ciertos valores ya instalados en la sociedad y que se consideran como esenciales para promover y “garantizar” la armónica relación de todos sus miembros.

Esta situación acarrea un constante conflicto entre las subjetividades involucradas en el proceso educativo y la aparente objetividad de los sistemas de enseñanza.

El asumir creativamente ese conflicto no sólo será útil para la necesaria armonía social, sino que podremos convertirlo en el motor capaz de construir nuevas y más eficaces formas de transmisión del conocimiento.

La específica estructura temporal de esas nuevas maneras de enseñanza constituye un problema adicional de no muy fácil solución, ya que las tecnologías de última generación hacen posible una especialísima “anarquía” muy personalizada.

Los conocimientos están cada vez más al alcance de los niños y de los más jóvenes **fuera de las aulas**, en los software especializados, en Internet, frente a la dócil pantalla de un computador que se adecúa al ritmo y al particular interés del usuario en un diálogo individual, sin la interferencia ni imposiciones de horarios y/o de temas de reflexión por parte de terceras personas.

Existen, en los programas de computación, innumerables “menús”, ofrecidos a la curiosidad de los interesados, con el agregado de imágenes en movimiento y de sonido, sin la tiranía de materias y de horarios impuestos “desde arriba”.

¿Cómo podemos adecuarnos positivamente a esta verdadera avalancha de **“conocimientos envasados”** y asumir la responsabilidad de usarlos de manera idónea y sobre todo ética?

No cabe la menor duda de que no podemos hacernos los desentendidos frente a un desafío de estas proporciones y que, por el contrario, debemos hacer acopio de toda nuestra creatividad para encontrar nuevos caminos en la metodología de la educación.

La primera pregunta aparece aquí como fundamental: **¿para qué enseñar?**

De todas las respuestas posibles una es la que más surge

de manera espontánea.

Enseñamos **para transmitir nuestra memoria y construir la memoria común.**

Más que conocimientos específicos, el verdadero maestro entrega experiencias e “historias” que están alimentadas por la sabiduría del pasado y, al mismo tiempo, cargadas de **dudas y preguntas** acerca de los misterios que siguen rodeándonos y que no pueden ser desentrañados simplemente en un ejercicio racional.

El pedagogo muestra, a lo más, **opciones alternativas**, instando al discípulo a buscar cuales son **sus propias preguntas**, a encontrar **sus propias respuestas** y, al mismo tiempo, a saber sobrellevar **sus propias dudas** y a trabajar con ellas.

Al iniciar ese camino, el discípulo comenzará a construir **su historia y su memoria** que, a su tiempo, se unirán a las de otros en un todo indisoluble.

Este conjunto de historias y memorias individuales y colectivas, con su bagaje de acciones interrelacionadas e interdependientes, es lo que la mayoría de las veces definimos como cultura.

Pero, ¿qué sucede con los conocimientos adquiridos durante el aprendizaje? ¿Cómo los empleamos en nuestras acciones diarias para darles significación y eficacia? ¿Son suficientes y sobre todo idóneos para satisfacer las cambiantes y cada vez más específicas demandas del ámbito del trabajo humano?

Está de sobra demostrado el hecho de que la rapidez del proceso de cambio cultural no encuentra su correlato en la adecuación de la pedagogía para enfrentarlo con éxito.

Esta se ha transformado de **propositiva** en **reactiva** y da la impresión de que estamos persiguiendo afanosamente un imposible, quedando cada vez más lejos del objetivo que nos proponemos: **el de lograr el armónico y correcto uso de los conocimientos para acceder a la sabiduría.**

Frente a esta situación debemos recurrir a la imaginación como fuente de posibles soluciones. Insistir en la bondad de algunos instrumentos alegando exclusivamente su ya probada eficacia en el pasado, nos parece demasiado fácil y hasta peligroso.

Por otro lado, un superficial entusiasmo por una suerte de “nuevismo”, puede hacer fracasar una acción más seria que enfrente el problema en toda su complejidad.

Creemos que es urgente una profunda reflexión, que parta del presupuesto de que **el futuro no solamente está próximo, sino que de alguna manera ya convive con nosotros**, con todas sus sollicitaciones y retos. La sociedad tal cual la conocemos ya está sufriendo cambios radicales, y la mutación de los valores instalados en ella se hace evidente en el transcurso de nuestra cotidianeidad.

EL DESENCANTO DE LOS JÓVENES.

La actual insatisfacción juvenil no es el simple reflejo de una forma de enfrentamiento generacional de carácter psico-social común a otras épocas, sino que está cargada de un sentimiento de desencanto absolutamente inédito en las luchas generacionales de antaño.

La vemos más bien ligada al tan publicitado “derrumbe de las ideologías”, a la ausencia de utopías movilizadoras y a la poca presencia de líderes carismáticos que sinteticen en sus propuestas y en sus acciones los deseos y los sueños de los más jóvenes.

Los acontecimientos de la historia de Chile de los últimos veinticinco años, han teñido de forma muy decisiva el carácter de varias generaciones y las han hecho más impermeables a las propuestas que emanan del incipiente y aún imperfecto nuevo sistema democrático.

Es por eso que cualquier iniciativa de modernización del sistema educativo tendrá que tomar en cuenta todos los niveles etéreos y no solamente los referidos a la enseñanza primaria y media.

No parece ético apostar solamente a la formación de los niños y adolescentes, dejando de lado a las generaciones de jóvenes que se encuentran en el trance de elegir una profesión con el peso de las exigencias del mercado laboral como único parámetro de juicio.

Nos negamos a considerar esas generaciones como el "costo social menor" de la implantación de la reforma educacional.

Consideramos como deber ineludible el implementar políticas y acciones concretas para, por lo menos, paliar de alguna manera el desamparo en el cual se encuentran gran cantidad de jóvenes de este país.

El Estado tiene una responsabilidad en ese aspecto. A través de diferentes instancias puede enfrentar la coordinación de esa ineludible tarea de toda la comunidad nacional. No se puede acusar al Estado de centralismo, o peor de dirigismo, si asume ese rol de manera decidida.

Está en juego la posibilidad de **integrar** a los jóvenes a la constante aventura de pensar y soñar el país según un proyecto más acorde a las expectativas, explícitas o no, de la gran mayoría de los chilenos y, sobre todo, de que puedan intervenir directamente en su construcción.

Pero, ¿cómo hacerlo? **Integrar**, no es un proceso unilateral. No se puede ni siquiera iniciar, sin la voluntad explícita de las partes en juego.

En este caso específico, hay incluso indicios claros de que el sector juvenil que está inserto en el sistema educacional superior, comienza a expresar, de manera más estructurada, su rechazo al actual sistema político-social.

Esto último se hace evidente en las instancias (pocas en realidad) que tiene a su alcance en la cotidianeidad de su vida social como, por ejemplo, lo son las Federaciones Estudiantiles de las mayores Universidades del país.

Por otro lado, la enorme cantidad de jóvenes no inscritos en los registros electorales, que supera largamente el millón, y el 17,3% de los votos nulos o en blanco de las elecciones parlamentarias del 11 de diciembre de 1997, que sumado a la abstención se empina sobre el 30%, están demostrando que no se ha logrado reinstalar en la sociedad el concepto de los derechos y deberes ciudadanos.

Aquí surgen otras preguntas.

¿Sabemos a ciencia cierta, lo que estos jóvenes piden o exigen a la sociedad toda? ¿Lo saben acaso ellos mismos? Por otro lado, ¿es exigible por parte de la sociedad una clarificación mayor de sus objetivos y propuestas, para poder acoger ese malestar que se hace evidente en sus acciones?

Debemos detectar con urgencia qué es lo que hace falta en las políticas de las diferentes instancias de poder, para restituir a la gran mayoría de nuestra juventud el vehemente deseo de soñar y de comprometerse por un proyecto de sociedad diferente, que emane de ellos mismos.

Algunas de las fuerzas del actual escenario político han perdido credibilidad por su propia manera de actuar y por la ausencia de propuestas decididas y claras.

La “negociación”, en otros tiempos instrumento indispensable del quehacer político, se ha transformado, por un mal manejo, en otro absolutamente negativo que rehuye y desdibuja las necesarias diferencias que alimentan una verdadera democracia.

Se pretende conseguir el “anhelado consenso” sin plantear previamente la solución de problemas aún candentes en nuestra sociedad y que siguen siendo causa de separación.

Pareciera que hemos llegado a un estado en que todo da lo mismo y en el cual las convicciones decididas se consideran peligrosas para la aparente tranquilidad social y política.

Sin embargo, es precisamente ese contexto el que provoca la

indiferencia hacia la participación, de aquellos que, históricamente, han sido los constructores de nuevas formas de las estructuras de poder.

Es evidente que este escenario social repercute en las posibles acciones políticas emanadas desde el Estado, referentes a la cultura y, sobre todo, a la educación. Pero, ¿tenemos la suficiente claridad acerca de cual debería ser su principal objetivo y de cómo implementarlas?

Acerca de ello, nos atrevemos a compartir aquí algunas consideraciones y propuestas, como un aporte al necesario debate.

LA INVESTIGACION DEL PROCESO CULTURAL

Se trata aquí de encontrar el método de enseñanza más idóneo para acompañar al discípulo en un trayecto que revele, paso a paso, los diferentes momentos de la construcción de una cultura, relacionándolos con el entorno que los modifica y que, al mismo tiempo, se ve modificado por los valores y los modos de vida que se van instalando en la sociedad.

No estamos pensando en una “Historia de las Culturas” que ya se encuentra inserta en algunos programas de estudio a nivel medio y universitario

Nos referimos más bien a una suerte de **taller de investigación teórico-práctica**, dedicado a detectar, en la cotidianeidad, cuáles son las acciones y los acontecimientos que van modificando constantemente, a veces de manera que nos resulta imperceptible, nuestro modo de ser y nuestra forma de vida.

En el transcurso de este taller, se pretendería despertar en el sujeto la curiosidad dormida y la necesidad de aportar su visión y acción personal a la “construcción” de nuevos acontecimientos que modifiquen la realidad que, en un determinado momento, ha llegado a considerar como ajena, cuando no hostil y antagónica, a sus ideales de vida.

En el fondo, instarlo a que se apropie de la realidad que lo rodea, para luego transformarla con su creatividad e imaginación.

Este taller constituiría una suerte de eje programático,

alrededor del cual se irían insertando las diferentes materias destinadas a aportar conocimientos específicos, según los intereses personales de los alumnos.

Esas materias deberían estar interrelacionadas entre sí, de manera tal que lleguen a constituir un todo armónico que aparezca al discípulo como un solo mega-conocimiento, fácil de abordar desde diferentes ángulos y puntos de vista.

Así planteadas las cosas, el sujeto educando tendría la posibilidad cierta de obtener unas muy particulares y diferenciadas herramientas de análisis, y de saber usarlas idoneamente en la construcción de **su propio proceso de culturización**.

PERSONALIZACION DE LA ENSEÑANZA

Por otro lado, el proceso para pasar desde el conocimiento a la sabiduría no tiene iguales características temporales en todos los sujetos, ni se da con parecida intensidad y logro de resultados tangibles y medibles. Es por ello que se debería extremar el cuidado y dedicación del maestro hacia el discípulo en la entrega de conocimientos, con características de gran **personalización** tanto en lo que se refiere a la calidad como a la cantidad.

Si bien hace ya bastante tiempo que el concepto de “educación personalizada” está instalado en el deber ser de nuestro sistema educativo, es indudable que una metodología como la propuesta enfrentaría serias dificultades para ser implementada hoy en forma masiva debido al sistema pedagógico en uso en los establecimientos educacionales.

Sin embargo, creemos que es indispensable y urgente reflexionar acerca de los necesarios cambios en el sistema para enfrentar con relativo éxito los desafíos que se nos plantean frente a la **mutación cultural** que ya convive con nosotros.

El malestar a que hacíamos alusión anteriormente, es apenas uno de los múltiples signos evidentes de lo aseverado.

Si bien no tenemos hoy instrumentos idóneos y confiables para definirlo en todas sus particularidades, podemos comenzar una indagación que, paulatinamente, nos permita detectar sus causas más directas.

BUSCANDO NUEVAS PISTAS.

La educación formal es, sin duda, el instrumento que ha proceso de socialización de innumerables generaciones de individuos, desde su aparición en las estructuras de los más variados sistemas de organización social.

Como instrumento se ha ido perfeccionando y complejizando, hasta constituirse en los tres niveles de enseñanza que hoy se reconocen en todo el mundo como los más eficientes.

Sin embargo, en el mismo proceso de enseñar, los maestros perciben cada vez con mayor claridad que su andamiaje exterior no tiene ya relación con lo que sucede cotidianamente en su interior.

Los conocimientos transmitidos son cada vez menos útiles en el contexto de la vida cotidiana, a no ser aquellos de carácter técnico que, para ser aplicados, no requieren de mayores aptitudes de análisis y reflexión, sino que de una fácil adaptación a la rutina.

Esto se debe, en la práctica, al hecho de que la mayoría de esos conocimientos se refieren al **cómo** lograr un determinado resultado en forma cada vez más rápida y eficaz, desplazando el conocimiento más profundo acerca del mecanismo propio del **saber**.

Vale la pena detenernos un momento en el concepto del **saber**, tal como lo entendemos en esta reflexión.

Desde las primeras sociedades en las que se organizó la raza humana, siempre se ha considerado que el acceso a la sabiduría se logra a través de un largo proceso que parte del conocimiento empírico de la realidad.

Este se adentra, en su transcurso, en la indagación del **sentido del ser humano**, en cuanto **ente** que está en relación constante y simultánea tanto con la realidad en la que se halla inmerso, como con su propia trascendencia.

Es por eso que el concepto de sabiduría que empleamos

aquí, se refiere más al **ser** del hombre que al simple **hacer** en el proceso de transformación constante de su entorno.

Lo que distingue al ser humano de las otras especies, es su capacidad humana de procesar los datos recogidos en el camino del conocimiento, de unirlos en una síntesis coherente que se convierta en el impulso, no sólo de su acción transformadora, sino que también de su propio crecimiento espiritual.

Sin embargo, todo lo anterior no es una tarea individual. El proceso descrito necesita la acción mancomunada de múltiples sujetos quienes deben poner en relación sus **diferencias** para lograr componer un único camino común.

Aclaremos el punto.

La cultura, tal como la entendemos, es un proceso colectivo. El perfeccionamiento individual se convierte en elemento potenciador, en la medida en que se contrasta con diferentes visiones de mundo y se esfuerza por encontrar con ellas una relación armónica, que logre un resultado que siempre es mucho más que la simple suma de esas diferencias.

El mismo proceso es capaz de transformar la “materia” en juego en otra que, si bien contiene en lo esencial todas las particularidades de sus heterogéneos componentes, se **transmuta**, al igual que en la alquimia, en otra de un valor inmensamente mayor.

Este nuevo estado corresponde a un nivel más elevado en el cual se accede a una mayor calidad de conocimiento, que a su vez posibilita una comprensión más sustantiva de los mecanismos que mueven el proceso cultural.

Todo lo anteriormente expresado, pretende solamente llamar la atención hacia algunos de los problemas que se enfrentan, a la hora de iniciar una reflexión un poco más exhaustiva acerca de los diferentes métodos que usamos en la educación formal para conseguir el armónico proceso de socialización de los miembros de nuestras sociedades.

En esos métodos, la libertad de expresión y el respeto a las inevitables diferencias no pueden ni deben estar ausentes. No se trata aquí solamente de respetar en forma pasiva derechos inalienables de cada ser humano, sino que de construir un sólido edificio sobre realidades multifacéticas y cambiantes que, a través del tiempo, van consolidando expresiones culturales definidas y particulares de las cuales, querámoslo o no, somos herederos.

Es bueno recordar que todos nosotros somos a la vez sujetos culturales y objetos de las presiones que nos llegan de los valores ya instalados en la sociedad. Somos emisores y receptores, al mismo tiempo, de corrientes de pensamiento que conforman un todo indisoluble y que influyen decididamente en los objetivos y en los resultados de nuestras acciones concretas.

La interdependencia de todos estos elementos es la que debería ser presentada a los educandos como un misterio a desentrañar, como un desafío a la razón y a la emoción, como un mundo a descubrir para hacerlo cada vez más coherente, más armónico y más habitable.

La educación formal, tal como hoy está estructurada, es apenas una posibilidad de acompañarlos en una pequeña parte de su caminar. No la erijamos en el pilar de todos los conocimientos y de todas las ciencias. No la antagonicemos a la experiencia directa de vida.

No debemos ceder frente al temor. Debemos confiar en la capacidad de los más jóvenes para enfrentar los desafíos, en su infinita sed de saber y de sentir, hacer nuestro su irrenunciable derecho a soñar.

Es el momento de convertirnos en cómplices de una aventura común en la que todos, jóvenes y no tanto, iniciemos la búsqueda y la construcción de nuevos caminos que nos lleven a una mayor comprensión del existir y del ser.

No se trata de un ideal romántico o fuera del tiempo tormentoso en que nos toca en suerte vivir, sino que de encontrar en nosotros mismos, en nuestra inevitable capacidad y necesidad

de unión, el impulso para dar el salto cualitativo que nos ponga en el umbral de un nuevo mundo más humano para todos.

Inventar nuevos caminos significa comprometerse con su construcción; partir de la base de que ellos aún no existen, del hecho cierto de que no se trata de remozar, o parchar, o limpiar. Significa abrirlos en medio de un espacio diferente, que no se deja conquistar fácilmente, que incluso, la mayoría de las veces, se opone a la acción transformadora.

Por ello es que se necesita decisión y constancia, valor y compromiso con una vocación que nos llama a todos y que exige claras respuestas a lo largo de nuestra existencia.

Es el llamado a reconocer el súbito resplandor después de la tormenta y a emprender el viaje, inventando caminos para ir a su encuentro y descubrir el regreso para entregar esa nueva llama a los hijos y a los hijos de nuestros hijos.

Claudio di Girolamo

marzo de 1998